

Homilía de II Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“Éste es el Cordero de Dios, que quita los sufrimientos del mundo”

Introducción

El que Jesús recibiera de Juan el bautismo para el perdón de los pecados representó un problema para los cristianos en los momentos en los que empezaban a escribir la historia de Jesús; un problema demasiado conocido para ser orillado o negado, y que cada evangelista tuvo que afrontar como mejor pudo. Por eso en los cuatro Evangelios hay una diversidad –por no decir conflicto– de interpretaciones acerca de la figura del Bautista.

En los tres primeros evangelios, el bautismo de Juan está claramente definido (Mc 1,4 paral.) como un bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados. Pero el cuarto evangelio –que es el que nos corresponde hoy–, la principal función que asigna a Juan no es la de bautizar (de hecho, ni siquiera se dice que bautice a Jesús) ni la de predicar el cambio de orientación a la vida, sino la de dar testimonio de Jesús; el Bautista es la primera persona que el cuarto Evangelio presenta como testigo (1,7-8,19). Y da testimonio de Jesús definiéndolo como la luz (1,7), el Señor (1,23), el cordero de Dios que quita el pecado del mundo (1,29), el Elegido (o el Hijo) de Dios (1,34), el Mesías prometido (1, 32.33). Todos estos títulos de Jesús de los que da testimonio Juan son títulos salvadores. En definitiva, Jesús es nuestro salvador.

Los cristianos estamos llamados a dar testimonio de que Jesús es el Mesías, el profeta de la salvación, llevando la ayuda allá donde la gente esté padeciendo cualquier tipo de esclavitud, de carencia o de sufrimiento.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 49, 3. 5-6

Me dijo el Señor: «Tu eres mi siervo, Israel, por medio de ti me glorificaré». Y ahora dice el Señor, el que me formó desde el vientre como siervo suyo, para que le devolviese a Jacob, para que le reuniera a Israel; he sido glorificado a los ojos de Dios. Y mi Dios era mi fuerza: «Es poco que seas mi siervo para restablecer las tribus de Jacob y traer de vuelta a los supervivientes de Israel. Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

Salmo

Salmo 39, 2 y 4ab. 7-8a. 8b-9. 10 R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito. Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios. R/. Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios, entonces yo digo: «Aquí estoy». R/. «-Como está escrito en mi libro- para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». R/. He proclamado tu justicia ante la gran asamblea; no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. R/.

Segunda lectura

Comienzo de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 1, 1-3

Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y Sóstenes, nuestro hermano, a la Iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados por Jesucristo, llamados santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro: a vosotros, gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 29-34

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: “Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo”. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel». Y Juan dio testimonio diciendo: «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo”. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios».

Pautas para la homilía

El Bautismo fue el acontecimiento inaugural de la misión de Jesús. De ahí que la Iglesia cristiana del evangelista Juan, puesta a dar una definición inicial de Jesús, relacionara el momento decisivo del bautismo con dos experiencias fundamentales a lo largo de la vida de Jesús: la relación con Dios como Padre y el hecho de actuar siempre bajo el impulso del Espíritu.

El Padre Dios se opone a todas las formas de mal y de sufrimiento

Muchos de los males y sufrimientos que padecemos los seres humanos son el resultado de ciertos comportamientos de unos hombres contra otros. De ahí que, para los cristianos, las guerras, las hambres, las pobreza y enfermedades, el desempleo y los analfabetismos, etc. no sean valorados tan sólo como males que causamos a los otros seres humanos sino, sobre todo, como pecados, porque las ofensas que hacemos a los demás son ofensas que infringimos a Dios. En este contexto, llamar a Jesús “cordero de Dios” que quita el pecado del mundo es mostrar lo que realmente hizo a lo largo de su vida: curar enfermos, dar dignidad a los que no la tenían, compadecerse de los que sufrían, liberar a los que padecían todo tipo de esclavitudes. Éste era el modo que Jesús tenía de quitar los pecados: poniendo remedio a los efectos negativos y dolorosos que dichos pecados causan en las personas indefensas. Jesús, el Cordero por el que Dios quita el pecado del mundo, bien puede considerarse Hijo (Jn 1, 34) y llamar Padre al Dios cuya misericordia compasiva y generosa bondad se opone a todas las formas de mal y de sufrimiento de los seres humanos.

Los pecados de nuestro mundo

¿Hay “un” pecado que es raíz y madre de todos los demás, o lo que existe en la realidad es una multitud de pecados? Ambas cosas. Ciertamente causamos en los demás los más variados males. En esta variedad, los deterioros humanos y los padecimientos que causa un mal no son sustituibles por los que produce otro mal. Así, por ejemplo, el sufrimiento que origina el hambre no es intercambiable con la repugnancia que nos ocasiona una habitación desordenada; el odio entre hermanos no es lo mismo que el odio entre rivales deportivos. Son, pues, muchos y muy variados los sufrimientos que podemos causar a los seres humanos y cada uno tiene su especificidad. Pero también hay pecados básicos en cada cultura, es decir, aquéllos que tienen una gran influencia en todos los demás. En la nuestra, por ejemplo, el lucro, el deseo de ganancia sin medida y el considerar todo en la vida únicamente como mercancía que se compra y se vende pueden ser considerados como pecados básicos. Las guerras, antes que nada, son un enorme negocio. Los trabajadores están amenazados continuamente por el paro, porque se los considera únicamente como una mercancía rentable o ruinoso. Todos los demás valores, al padecer esta presión tan fuerte de los valores económicos, sufren los más variados deterioros, debilitamientos e incluso supresiones. Por ejemplo, la solidaridad, que está cada vez más ausente de nuestra vida pública “porque –evidentemente- no es rentable”.

La función de los cristianos no es solamente la de ayudar a suprimir los sufrimientos individuales, sino la de poner fin al dominio de ese pecado básico de nuestra cultura: el dominio absoluto de lo económico sobre todo lo demás. Este pecado está en el origen de no pocos sufrimientos en el mundo.

Jesús «bautizó con espíritu santo».

Jesús, lleno del Espíritu de Dios, recorría sus aldeas curando enfermos, expulsando demonios y liberando a las gentes del mal, la indignidad y la exclusión. «Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él». Jesús contagia salud y vida. Las gentes de Galilea lo sienten como alguien que cura porque está habitado por el Espíritu y la fuerza sanadora de Dios. El Espíritu de Dios es una fuerza transformadora que, al igual que a Jesús de Nazaret, nos hace verlo todo desde la misericordia y la compasión de Dios. Cuando este mundo esté habitado por la fuerza del Espíritu, será una tierra nueva, como nos dice la Biblia.

Los cristianos, continuadores de la obra del Cordero de Dios

La obra del Cordero no está acabada, porque el dolor y el sufrimiento de las personas, como efectos de los pecados de otros, siguen estando ahí y nos rodean por todas partes. Los cristianos, transformados y guiados por el Espíritu de Dios, estamos llamados a ser actores de la salud y de la salvación, como lo fue Jesús de Nazaret, que impregnado por el Espíritu de Dios, vivió anunciando a todos los pobres, oprimidos y desgraciados la Buena Noticia de su liberación. Para ello contamos con la fuerza y la ayuda de este Espíritu de Dios.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Evangelio para niños

II Domingo del tiempo ordinario - 16 de enero de 2011

El testimonio de Juan

Juan 1, 29-34

Evangelio

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: - Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: -"Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo". Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua para que sea

manifestado a Israel. Juan dio testimonio diciendo: - He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: - Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo. Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

Explicación

Un día pasaba Jesús por donde estaba Juan el Bautista. Al verlo Juan dijo: -¡Mirad, el hombre del que os hablé! y continuó diciendo: -Yo testifico que Jesús es el Hijo de Dios, pues vi como el Espíritu Santo en forma de paloma se posaba encima de él.